

***El hombre pálido*, de Francisco Espínola**

Todo el día estuvo toldado el sol, y las nubes, negruzcas, inmóviles en el cielo, parecían apretar el aire, haciéndolo pesado, bochornoso, cansador.

A eso del atardecer, entre relámpagos y truenos, aquéllas aflojaron y el agua empezó a caer con rabia, con furia casi; como si le dieran asco las cosas feas del mundo y quisiera borrarlo todo, deshacerlo todo y llevárselo bien lejos.

Cada bicho escapó a su cueva. La hacienda, no teniendo ni eso, daba el anca al viento y buscaba refugio debajo de algún árbol, en cuyas ramas chorreaban los pajaritos, metidos a medias en sus nidos de paja y de pluma.

En el rancho de Tiburcio estaban solas Carmen, su mujer y Elvira, su hija. Él, capataz de tropa de don Clemente Farías, había marchado para "adentro" hacía una semana.

En la cocina negra de humo se hallaban, cuando oyeron ladrar el perro hacia el lado del camino. Se asomó la muchacha y vio a un hombre desmontar en la enramada con el poncho empapado y el sombrero como trapo por el aguacero.

– ¡León! ¡León! ¡Fuera! Entre para acá –gritó Elvira.

– ¿Quién es? –preguntó la vieja sin dejar de revolver la olla de mazamorra.

–No lo conozco.

La joven volvió al lado de su madre y quedó expectante.

–Buenas tardes. Agachándose -la puerta era muy baja-, el hombre entró. -Buenas. Sientesé. ¿Lo ha derrotao l'agua? Saquesé el poncho y arrimelo al fogón. -Sí, es mejor. Aquí, no más.El hombre colgó su poncho negro en un gran clavo cerca del fuego y sacudió el sombrero. Después, se sentó en un banco.-¿Viene de lejos? -curioseó la madre.-De Belastiquí. -¿Y va?-Pa l'estancia'e Molina, en el Arroyo Grande. Pensaba llegar hoy a San José, pero me apuré mucho por el agua y traigo

cansadazo el caballo. Así que si me deja pasar la noche ... -Comodidá no tenemos ... Puede traer su recaó y dormir aquí, en todo caso. -¡Cómo no! ... Estoy acostumbrao. La muchacha, ahora acurrucada en un rincón, lo miraba de reojo. Y cuando oyó que iba a quedarse, sintió clarito en el pecho los golpes del corazón. Es que cada vez más le parecía que aquel hombre delgado y alto, de cara pálida en la que se enredaba una negrísima barba que la hacía más blanca, no tenía aspecto para tranquilizar a nadie ... La vieja le interrumpió sus pensamientos diciendo: -A ver, aprontá un mate.Y siguió revolviendo la mazamorra, mientras daba conversación al forastero, que acariciaba al perro y retiraba la mano cuando éste rezongaba desconfiado de tanto mimo. Elvira tiró la yerba vieja, puso nueva, le hizo absorber un poco de agua tibia para que se hinchara sin quemarse. Enseguida, ofreció el mate al desconocido. Este la miró a los ojos y ella los bajó, trémula de susto. No sabía por qué. Muchas veces habían llegado así, de pronto, gentes de otros pagos que dormían allí y al otro día se iban. Pero esa nochecita, con el ruido de los truenos y la lluvia, con la soledad, con muchas cosas, tenía un tremendo miedo a aquel hombre de barba negra y cara pálida y ojos como chispas. Se dio cuenta de que él la observaba. Los ojos encapotados, sorbiendo lentamente el mate, el hombre recorría con la vista el cuerpo tentador de la muchacha... ¡Oh, sí!, había que cansar muchos caballos para encontrar otra tan linda. Brillante y negro el pelo, lo abría al medio una raya y caía por los hombros en dos trenzas largas y flexibles. Tenía unos labios carnosos y chiquitos que parecían apretarse para dar un beso largo y hondo, de esos que aprisionan toda una existencia. La carne blanca, blanca como cuajada, tibia como plumón, se aparecía por el escote y la dejaban también ver las mangas cortas del vestido. El pecho abultadito, lindo pecho de torcaza; las caderas ceñidas, firmes; las piernas que se adivinaban bien formadas bajo la pollera ligera; toda ella producía unas ansias extrañas en quien la miraba; entreveradas ansias de caer de rodillas, de cazarla del pelo, de hacerla sufrir apretándola fuerte entre los brazos, de acariciarla tocándola apenitas ... ¡Yo qué sé!, una mezcla de deseos buenos y malos que viboreaban en el alma como relámpagos entre la noche. Porque si bien el cuerpo tentaba el deseo del animal, los ojos grandes y negros eran de un mirar tan dulce, tan leal, tan tristón, que tenían a raya el apetito, y ponían como alitas

de ángel a las malas pasiones ... Embebecido cada vez más en la contemplación, el hombre sólo al rato advirtió que la muchacha estaba asustada. Entonces, algo le pasó también a él. Su mano vacilaba ahora al tenderla para recibir o entregar el mate. Elvira iba entretanto poniendo la mesa. Luego, los tres se sentaron silencios a comer. Concluida la cena, mientras las mujeres fregaban, el hombre fue bajo la lluvia hasta la enramada, desensilló, llevó el recado a la cocina y se sentó a esperar que hicieran la lidia jugando con el perro, con León que, por una presa tirada al cenar, había perdido la desconfianza y estaba íntimo con el desconocido. -¡Mesmo qu'el hombre!-pensó éste. Y siguió mirando el fuego y, de reojo, a Elvira. Cuando terminaron la tarea, la madre desapareció para tornar con unas cobijas.-Su poncho no se ha seco. Hasta mañana, si Dios quiere. -Se agradece. - ¡Buenas noches! -deseó la muchacha cruzando ligero a su lado con la cabeza baja. -Buenas. Las dos mujeres abrieron la puerta que comunicaba con el otro cuarto, pasaron y la volvieron a cerrar. Al rato, se oyó el rumor de las camas al recibir los cuerpos, se apagó la luz ... Todo fue envolviéndose en el ruido del agua que caía sin cesar. El hombre tendió las cacharpas, se arrebujó en las mantas con el perro y sopló el candil. El fogón, mal apagado, quedó brillando.

Un rato después se empezó a oír la respiración ruidosa y regular de la vieja. Pero en la cama de Elvira no había caído el descanso. Ahora que su madre dormía, el miedo la ahogaba más fuerte. El corazón le golpeaba el pecho como alertándola para que algún peligro no la agarrara en el sueño, y su vista trataba en vano de atravesar las tinieblas... De cuando en cuando rezaba un Ave María que casi nunca terminaba, porque lo paraba en seco cualquier rumor, que la hacía sentar de un salto en la cama. A eso de la medianoche, bien claro oyó que la puerta de la cocina que daba al patio había sido abierta, y hasta le pareció sentir que el aire frío entraba por las rendijas. Tuvo intención de despertar a su madre, pero no se animó a moverse. Sentada, con los ojos saltados y la boca abierta para juntar el aire que le faltaba, escuchó. No sintió nada. Y aquel silencio, después de aquel ruido, la asustaba más aún. No sentía nada, pero en su imaginación veía al hombre de la barba negra clavándole los ojos como chispas; veía el poncho negro, colgado del clavo, movido por el viento como anunciando ruina... y como para

convencerla de que era verdad que la puerta había sido abierta, seguía sintiendo el aire frío y percibía más claramente el ruido de la lluvia...En efecto: el hombre, que se echó nomás, sobre el recado, se había levantado, lo llevó otra vez a la enramada y, después de ensillar, había salido a pie hasta la manguera que estaba como a una cuadra dejándose pintar de rosado por los relámpagos. El agua le daba de frente. Por eso avanzaba con la cabeza gacha. Otro hombre le salió al encuentro, el poncho y el sombrero hechos sopa. Era un negro. -¿Están las mujeres solas? -preguntó ansioso. Sombrío, el otro respondió: -Sí. -La plata tiene qu' estar en algún lao. Empecemos. -No. No empezamos. -¿Qué hay? -Hay que yo no quiero. -¿Que no querés? -Sí, que no quiero. -¿Pero estás loco? -Peor pa mi si m' enloquecí. Pero ya te dije. Vamonós p' atrás. -¿El qué? -No hay qué que te valga. Como siempre, te acompaño cuando quieras; pero esta noche, no. Y aquí, menos. -¡Hum! Si te salieran en luces malas los que has matao, te ciegaria la iluminación, y ahora te ha entrao por hacerte el angelito. -Nadie habla aquí de bondá. Digo que no se me antoja y se acabó. -Peor pa vos. Iré yo solo. ¡Qué tanto amolar por dos mujeres! -Es que vos tampoco vas a ir. -¿Desde cuándo es mi tutor el que habla? -Desde que tengo la tutora -bramó el interpelado tanteándose la daga. -¡Ah! ¿Querés peliar? ¡Me lo hubieras dicho antes! Seguramente ya habrás hecho la cosa y quedarás la plata pa vos solo. Pero no te veo uñas, mi querido. Venite nomás -y desenvainó su cuchillo-. -¡Cállate, negro de los diablos! -rugió el otro lléndosele arriba. A la luz de los relámpagos, entre los charcos, los dos hombres se tiraban a partir. El de la barba negra, medio recogido el poncho con la mano izquierda fue haciendo un círculo para ponerse de espaldas a la lluvia. Comprendiendo el juego, el negro dio un salto. Pero se resbaló y se fue de lomo. El otro esperó a que se enderezara y lo atropelló. La daga, entrando de abajo a arriba, le abrió el vientre y se le hundió en el tórax. -¡Jesús, mama! -exclamó el negro. Fue lo único que dijo. La muerte le tapó la boca. El otro, en las mismas ropas del difunto limpió su daga. Después, enderezó chorreando agua, montó y salió como sin prisa, al trotecito. -¡Pucha que había sido cargoso el negro! -murmuraba-. ¡Le decía que no, y él que sí, y yo que no, y dale! ¡Estaba emperro! ...La lluvia, gruesa, helada, seguía cayendo.